

**PALABRAS DE PRESENTACIÓN DE LOS OBISPOS DE LA
CONFERENCIA EPISCOPAL DE GUATEMALA
A SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
DURANTE LA VISITA *AD LIMINA***

Beatísimo Padre:

Los Obispos de Guatemala hemos esperado con gran ilusión este encuentro con el Obispo de Roma, Sucesor de Pedro, para poder expresarle, de viva voz, nuestro profundo cariño y obediencia filial y compartir con Su Santidad tanto las alegrías y esperanzas como las penas y sufrimientos que se dan en el ejercicio del ministerio episcopal que el Señor nos ha confiado.

Quisiera comenzar agradeciendo a Su Santidad, en nombre de mis hermanos Obispos, su presencia y el discurso altamente iluminador que nos regalara al inaugurar la V Conferencia General en Aparecida, Brasil. Para la Iglesia que peregrina en América Latina y El Caribe, su visita constituye un signo claro de la dedicación, amor y cuidado con los que el Santo Padre vela por la Iglesia Universal.

Agradecemos, igualmente, a Su Santidad, su fecundo magisterio, en el que se destacan dos encíclicas, numerosas homilías, meditaciones, catequesis y discursos, todo él lleno de una profunda ciencia de Dios así como de conocimiento del corazón humano, lo cual nos anima a todos a dar una respuesta cada vez más comprometida y total al Señor.

Los Obispos de Guatemala somos herederos de la fe de un pueblo en el que sacerdotes, religiosos y religiosas y numerosos laicos, han llegado a derramar su propia sangre o han tenido que sufrir persecución por ser fieles al Señor y a su Evangelio. Algunas de nuestras Iglesias particulares han iniciado aquellas causas de canonización más significativas, las cuales se encuentran todavía en su fase diocesana y que confiamos lleguen a buen fin.

Santidad: nosotros formamos parte de un pueblo que tiene una rica cultura ancestral marcada por grandes valores y en el que se promueve, con alegría, un gran esfuerzo evangelizador, promovido no sólo por los Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, sino también por innumerables laicos comprometidos, verdadera riqueza de nuestra Iglesia, y que realizan esa tarea con toda generosidad, amor y entrega. El Señor ha querido bendecir ese esfuerzo haciendo surgir, como nunca en la historia de nuestra patria, vocaciones a la vida sacerdotal, consagrada y misionera.

Nuestra mayor preocupación la constituye el irrespeto a la vida humana en Guatemala y la consecuente impunidad que reina en todo el País. En nuestra última Carta Pastoral Colectiva, “La Gloria de Dios es la vida del hombre”, invitamos a los católicos y a toda persona de buena voluntad a hacer una profunda reflexión sobre el carácter sagrado y valor de toda vida humana desde su concepción hasta su final natural, para que juntos enfrentemos el gravísimo desafío que plantea la cultura de la muerte en la que estamos inmersos.

Con dolor tenemos que decir que nos causa también una honda preocupación el ver el progresivo empobrecimiento de nuestra gente, viviendo una gran parte de ella en extrema pobreza y aún miseria. La desaparición gradual de la clase media va consolidando una

Guatemala en la que la separación entre aquellos pocos que lo tienen todo y los muchos que prácticamente no tienen nada, va siendo cada día mayor, generándose en el corazón de muchos guatemaltecos mucha angustia ante la falta de oportunidades. Esta realidad afecta, de manera especial, a los jóvenes, que son muy numerosos y confían en la Iglesia, quienes a pesar de buscar su propia superación a través del estudio y una vida acorde a su condición de hijos de Dios, alcanzada mediante un trabajo digno y estable, tropiezan con carencia de oportunidades a las que ellos tengan acceso real.

Esa es la razón por la que muchos guatemaltecos han tenido que migrar hacia el norte, exponiéndose a peligros y vejaciones, explotación y maltrato e incluso pérdida de libertad por temor a ser repatriados. El vivir en un mundo distinto al que estaban acostumbrados les ha llevado, en muchas ocasiones, a la progresiva pérdida de valores culturales y religiosos así como a la destrucción del núcleo familiar. Sin embargo, hay quienes permanecen fieles y viviendo muy austeramente en medio de un país rico, ayudan a elevar el nivel económico de la propia familia así como las esperanzas de un futuro mejor.

Causa también un profundo dolor el ver que la exclusión de los pueblos indígenas sigue estando presente, viéndose sobre todo afectadas las mujeres, a quienes está vedada en muchos casos la posibilidad de recibir educación para superarse.

En medio de este panorama las sectas siguen incidiendo en marcar diferencias entre los guatemaltecos. Cada vez son más las familias divididas por su influencia.

Por último, nos afecta el cisma que viviéramos dentro del seno de la Iglesia Católica. Nos preocupa el hecho de que, víctimas de lo que no es más que un gran engaño, muchos católicos de fe sencilla se hayan unido a quien encabeza la iglesia cismática en Guatemala.

En medio de esta difícil realidad, tanto nosotros, Obispos de Guatemala, como los religiosos, religiosas y laicos, tenemos puesta nuestra confianza en el Señor. La realidad nos interpela y estimula para que busquemos, con creatividad, respuestas pastorales inspiradas en el Documento Conclusivo de Aparecida, que animen a las Iglesias Particulares a vivir en estado permanente de misión para lograr superar aquellos problemas que ahora nos preocupan.

Quiero terminar transmitiendo a Su Santidad un saludo lleno de profundo afecto de la Iglesia que peregrina en Guatemala. Es una comunidad que posee una profunda fe en Cristo, el Señor, un gran amor a la Eucaristía, una profunda devoción y amor a María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra, una comunidad que venera y ama al Sucesor de Pedro y en la que sus miembros buscan ser discípulos y misioneros de Cristo. Con filial confianza suplico a Su Santidad que nos confirme en la fe y que su bendición se extienda al pueblo de Dios que peregrina en nuestra patria así como a nosotros.

Guatemala, marzo del 2008.

+ Pablo Vizcaíno Prado
OBISPO DE SUCHITEPÉQUEZ – RETALHULEU
PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL
DE GUATEMALA